

CUENTO N° 98

TÍTULO: LA 42

SEUDÓNIMO: ESPERANZA GREAT

AUTOR: OSCAR ARNALDO LIZANA FARÍAS

La 42

Permanecí mucho tiempo frente a la hoja en blanco. Mi historia es tan trillada, tan terrible, tan poco incitante, que dudaba en contarla. Además, casi todos los días los diarios informan de un caso similar. Por lo tanto, si lo que buscas es leer una historia novedosa, lamento desilusionarte. Pero si crees que después de que tus ojos recorran estas líneas de aflicción puedas alzar tu puño en mi defensa, entonces: ¡adelante!

Me llamo Angélica Pinto Pinto. Soy mujer de campo; fortachona, tal vez algo gordita. Mi mamá hallaba mi voz suavcita.

Nací en un pueblito llamado San Ignacio. En la escuela, mi profesora nos enseñó que pertenecíamos a la región del Biobío. San Ignacio es un sector rural alejado de la costa y de la cordillera de Los Andes. A mí me gustaba vivir allí. Sus casas, todas de madera, con techos de planchas metálicas acanaladas, se desparraman a ambos lados de la carretera que conduce a Chillán.

Su gente es campechana, sencilla y silenciosa. Muy trabajadora. En el patio de sus casas cultivan hortalizas y algunos árboles frutales. Además crían gallinas, gansos y patos. Tres o cuatro perros saludan a los visitantes en un coro de ladridos infernal. Los más pudientes poseen caballos de tiro y algunas vacas.

Yo, como la mayoría, trabajaba de temporera en los meses de la cosecha. El resto del año hacíamos de tripa corazón. En esas labores conocí a Mario Pinto Pinto. Algunos se reían porque decían que éramos hermanos. Pero yo jamás lo había visto antes. Pura coincidencia, digo yo.

Esperanza Great

Nos enamoramos y al poco tiempo de conocernos, nos casamos como Dios manda. Nos nacieron un varoncito y un mujercita. Hoy, ellos tienen diez y ocho años de edad.

Los primeros años anduvimos como cualquier matrimonio. Repartía mi día entre los quehaceres de la casa, el cuidado de mis hijos y mi marido. Muy temprano levantaba a los dos chicos, los aseaba, los vestía y les daba desayuno para después ir a dejarlos a la escuelita. A la misma que fui yo. Se ubicaba a unos cinco kilómetros de mi casa. Era necesario caminar por una huella polvorienta en verano y barrosa en invierno. Al medio día preparaba el almuerzo para esperar a Mario, quien volvía del trabajo como a las dos de la tarde. Siempre mal humorado. Los niños almorzaban en el colegio; la plata no alcanzaba. No sé si Mario no ganaba mucho o se gastaba una parte en otras cosas. Y así día a día.

En lo sentimental, de comienzo, todo estaba bien. Amor, buenos tratos, caricias y mucho sexo. Cuando llegaron los pequeños a este mundo y el dinero empezó a escasear, Mario se fue distanciando, primero de mí y luego de los niños. ¿En qué momento comenzó a beber en exceso? No podría precisarlo. Yo dejé de arreglarme y maquillarme para él y reconozco mi afición al pan. No era feliz.

Hasta que se desató la tragedia.

Primero fue la pérdida del respeto mutuo, luego, en una escalada atroz, vinieron las malas palabras, los insultos y la violencia. El camaradería cambió de: "Mi vida, te quiero" o "¡Que está rica usted!" a "Eres una inútil. No sabí hacer un plato de comida. Mira lo gorda que estai".

Yo no me guardaba los insultos. Los contestaba. Galla como era, respondía insulto con insulto. A cada mechoneo, oponía débiles patadas. Siempre me

llevaba la peor parte. Un combo en la nariz me envió derecho al hospital de urgencia. Mi vestido floreado quedó con manchas de sangre. No pude eliminarlas al lavarlo. Ni siquiera con mis lágrimas.

—Debes denunciarlo a los carabineros —me aconsejaba una vecina, cuando vieron mi nariz enyesada y la mitad de mi cara morada.

—Esto no puede quedar así. Anda no más —me decía otra.

Al principio no quería. Me echaba la culpa que bebiera tanto. Me sentía fea y guatona. A veces me cruzaba la idea de abandonarlo y buscarme otra pareja. Pero me armé de valor y fui a poner la denuncia.

Fueron dos horas de espera en la Comisaría para que me atendieran. Y sin mencionar el tiempo en el Instituto Médico Legal para constatar lesiones.

Entretanto Mario bebía y bebía. Ahogaba sus frustraciones en alcohol, ¿Quién podría saber lo que se gestaba en su corazón? Perdió el trabajo de chofer de camiones, precisamente por eso, por borracho.

Fue un año de constantes griteríos, bofetadas, patadas e insultos los me caían como chaparrones. Luego la emprendió contra los niños. Ellos se refugiaban en el fondo de la casa, rogando al Tatita Dios para que su papá no los golpeará.

Me hice asidua en la sección Urgencia del hospital. Mis heridas (las visibles) eran siempre las mismas: labios partidos, ojos en tinta y machucones en la espalda. Yo seguía presentando denuncias.

Por fin la causa se vio en Tribunales invocando la Ley 20.480 sobre violencia intrafamiliar. Se hicieron parte el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, la Secretaria Regional Ministerial (SEREMI) y el Servicio Nacional de la Mujer

(SERNAM) y Centros de Madres. En fin, acudí a cuanta institución me recomendaron.

Mario tenía antecedentes en el 2016, pero por violencia psicológica. El juez dictó solo una medida cautelar de alejamiento y prohibición de acercarse a mí y a mis hijos por un año.

Un psicólogo me apoyó en el Centro Comunitario de Salud Familiar de mi sector y se inició el proceso de divorcio.

Mario se marchó a trabajar a Ovalle, al norte del país, dejándome a mí y mis hijos en la más absoluta orfandad. Debí salir a la calle a trabajar: vendía tomates en las aceras, lavaba ropa ajena, hacía aseo en casas particulares; nunca faltó un plato de comida para mis hijos.

Después de un año, Mario volvió. Desde mi ventana lo vi venir. Incluso me alegró verlo. Era mediodía, con un sol esplendoroso y un cielo tan azul como pocas veces lo había vivido. Los niños estaban en la escuela. Quizá el motivo de su visita es que quiere ver a su familia, pensé. Pero venía acompañado de una escopeta.

Me paralicé de horror. Desde fuera de la casa, a través de la ventana, me hizo los puntos a mí, a la que juró amar y proteger para siempre y jaló el gatillo. No escuché el estampido. Solo sentí un golpe en el pecho y las sombras me rodearon. Antes de sumergirme completamente en la nada, resonó un segundo disparo. El cobarde se metió un tiro en la boca.

Me enteré de ello en un mundo de luces y sombras. Allí me encuentro, acompañada de figuras informes, luminosas y felices.

Esperanza Great

Al día siguiente, la prensa publicó las declaraciones de la ministro del Ministerio de la Mujer: “Queremos condenar de la manera más enérgica este femicidio y seguiremos trabajando en la prevención y atención de la violencia contra las mujeres”

Un diputado anunció al día subsiguiente un plan nacional contra la violencia hacia la mujer.

Hoy cumpliría 38 años de edad y mi marido 40 si él no me hubiera quitado la vida.

Todo está bien: la Ley, el Ministerio, los tribunales, los policías... pero lo cierto es que el 31 de diciembre de 2018 yo llegué a ser la número 42.

FIN